LOS TEMAS PREFERIDOS DE SAN MARTIN A TRAVES DEL EXAMEN DE SU BIBLIOTECA

En el Archivo Mitre, de la ciudad de Buenos Aires, se encuentra un cuaderno donde el general San Martín anotó, a modo de inventario, los libros de su biblioteca. Fue con motivo de su traslado a Chile con la expedición libertadora que había preparado en Mendoza. En esa ocasión escribió: «Estos cajones de libros se hallan en Santiago en poder de Paulino Cambell, los que en caso de mi fallecimiento se entregarán a mi esposa, Remedios Escalada.»

Una vez terminada la campaña del Perú, San Martín trasladó los libros a Lima y los destinó a la formación de la Biblioteca Nacional; así escribió en el cuaderno una segunda leyenda: «Todos los libros que contiene este cuaderno fueron regalados por mí a la Biblioteca Pública de Lima.»

De los libros donados por el Libertador se hizo después una selección, como lo indica un manuscrito que se encuentra en dicho Archivo y que tiene este encabezamiento: «Nota de los libros que se han elegido de la lista remitida por el Excmo. Señor Protector de la Libertad del Perú para esta biblioteca nacional» (1).

Durante la guerra del Pacífico, fines del siglo XIX, los chilenos ocuparon la ciudad de Lima y la biblioteca fue seriamente dañada. En 1943 un incendio arrasó la casi totalidad de sus libros y manuscritos. De los setecientos volúmenes donados por San Martín en 1821, sólo pudieron ser rescatados siete.

Para la reconstrucción de su «librería» sólo contamos, por lo tanto, con la lista que confeccionó el propio San Martín. Los libros estaban distribuidos en once cajones de manera desordenada; la lista registra, en cada cajón, diccionarios, obras literarias, de economía, publicaciones, mapas, relatos de viajeros, textos referidos al arte de la guerra, a la historia, al derecho, tratados de arquitectura y de bellas artes. En la mayoría de los casos se omite el nombre de los autores y los títulos aparecen abreviados; también es frecuente la mención de una

(1) Archivo Mitre. Leg. 6.969.

misma obra en distintos cajones, ya que los diversos tomos que la componen se encuentran repartidos.

La primera tarea fue detectar la cantidad de volúmenes que contiene la biblioteca sanmartiniana. La segunda, distribuir por áreas temáticas dichos volúmenes.

El resultado ha sido el siguiente: sobre un total de 751 volúmenes, excluyendo una gran cantidad de mapas y atlas, 236 corresponden a temas históricos, 94 a literatura; las enciclopedias y diccionarios suman 82; las artes y oficios prácticos anteceden en número a los volúmenes correspondientes a las obras de carácter militar, que son 59. Los relatos de viajeros comprenden 45 volúmenes; el derecho y la geografía le siguen en importancia; en tanto que las obras referidas a matemáticas, física y química suman alrededor de 20 volúmenes, y las que corresponden a bellas artes (pintura, arquitectura y música) solamente 12.

Este primer intento de reordenamiento de la biblioteca sanmartiniana ya nos informa de las áreas temáticas que prefería el Libertador. Curiosamente, a pesar de su condición de militar, la preocupación por los temas históricos se pone de manifiesto de continuo: 56 son los títulos que registramos: algunos referidos a la historia clásica, especialmente la romana; un número más importante, a la historia de Europa en los siglos XVII y XVIII, destacándose en forma especial Francia revolucionaria y el período napoleónico hasta su culminación. La historia de América, desde los orígenes de la dominación española hasta las últimas noticias proporcionadas por periódicos de la época, ocupa también la atención de San Martín.

Para la comprensión del presente, el hombre del siglo XVIII vuelve su mirada a determinados momentos del pasado donde se puedan hallar modelos y normas para el nuevo proyecto político que está elaborando. Así, el mundo grecolatino alcanza una dimensión tan acentuada, que inficiona todos los órdenes de la vida en ese siglo. El testimonio de Rousseau es bastante claro al respecto: «sobre todo —dice—, Plutarco fue mi lectura favorita, como mi latín, mis antigüedades, mi historia...», y añade más adelante: «ocupados sin cesar de Roma y Atenas, viviendo, por así decirlo, con sus grandes hombres..., me creía griego y romano y me convertía en el personaje cuya vida leía» (2). Esta influencia de la cultura clásica se acentuó durante el proceso de la Revolución francesa, llegando a su máxima expresión durante la época imperial.

---

(2) Rousseau, J. J.: *Confesiones*, cit. por Díaz Plaja, F.: «Griegos y romanos en la Revolución francesa», *Revista de Occidente*, Madrid, 1960, pp. 4 y 5.

España no escapa a ese interés por el mundo antiguo; la enseñanza impartida por los jesuitas reconoce esa orientación, y Jovellanos confiesa su preferencia por las lecturas que se refieren a la época clásica: conoce a Tácito; una historia de Atenas; la *Vida de Cicerón;* la *Historia del progreso y la decadencia de la República romana,* de Ferguson (3). San Martín lee una *Historia romana,* una *Historia de los emperadores romanos* y las *Historias* de Salustio, todas en francés.

Pero este tema no parece interesar demasiado a San Martín. Una inclinación por los sucesos de la historia europea se advierte cada vez más en su biblioteca. La historia de Alemania y de su emperador José II, la historia de Inglaterra (posiblemente sea ésta la que escribió David Hume, que apareció un primer volumen en 1754 con la vida de los Estuardo; el segundo apareció en 1756 y llegaba hasta la revolución de 1688; más tarde agregó la época medieval y la historia de los Tudor, traducida al francés en 1760, 1765, 1769 y en 1819); una historia de Rusia; dos obras que aluden al imperio turco, otra sobre la guerra entre Alemania e Inglaterra y las biografías de Carlos II de Suecia y del príncipe Eugenio de Saboya, todas estas obras en francés. En castellano encontramos los *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Felipe V el Animoso,* en dos tomos, de Vicente Bacallar y Sanna.

La historia de las grandes potencias y de sus luchas por el predominio son objeto de la atención de San Martín, pero el eje de la historia europea es Francia, y de ella encontraremos tal cantidad de obras, que podemos afirmar que el núcleo de la sección de historia de la biblioteca está representado por esta nación.

Veintiséis títulos nos indican los antecedentes, desarrollo y culminación del proceso revolucionario francés. Sobre la etapa borbónica encontramos una biografía de Richelieu, dos historias sobre el reinado de Luis XIV y las *Memorias secretas* de Carlos Duclos acerca de los reinados de Luis XIV y Luis XV, aparecidas en 1791.

Los otros títulos se refieren, casi como una obsesión, a los sucesos que le fueron contemporáneos. Tiene cuatro historias de la Revolución francesa —13 volúmenes en total—; dos historias sobre el proceso a los reyes; las *Memorias para servir a la historia del jacobinismo;* cinco tomos en francés del abate Barruel, editadas en Hamburgo en 1803; una historia del Directorio; una acerca de la milicia francesa y otra sobre la vida del mariscal Ney.

San Martín ha vivido muy de cerca todos estos sucesos. El 1 de julio de 1789 solicita su ingreso como cadete al Regimiento de Mur-

(3) Jovellanos, G. M. de: *Diarios,* Ed. Alianza, Madrid, 1967, pp. 208 y ss.

cía. Tiene once años de edad y a los pocos días estalla la revolución en Francia. Cuando se retira del Ejército, en 1811, España se enfrenta al invasor francés. En los veintidós años que sirve en el Ejército español, la presencia de Francia es permanente. Ya sea en épocas de guerra —campaña de los Pirineos, invasión napoleónica— o de paz, su influencia es constante.

En su biblioteca advertimos este predominio. La etapa referida a la invasión francesa en la Península es recogida por numerosas memorias escritas por soldados franceses o por los que se aliaron al rey intruso en estos sucesos.

La *Memoria acerca de la guerra de los franceses en España* ejemplifica el primer caso. Su autor, Alberto de Rocce, era un militar suizo al servicio de Francia; había tomado parte en las campañas de Flandes y de España y estaba casado con madame de Staël. Esta Memoria, que apareció en 1809, enfocaba de una manera crítica la penetración francesa en la Península.

Con respecto al segundo caso, la biblioteca sanmartiniana tiene (sic.) *Memorias de José Mol, de Azanza y D. Gonzalo Ofarrib*, un tomo en 4.°, a la rústica, en castellano, siguiendo la anotación de San Martín. Se trata de las memorias justificativas de Miguel José de Azanza y de Gonzalo O'Farril acerca de su relación con el gobierno josefino instalado en la Península. Divididas en varias épocas, las *Memorias* tratan del momento en que Fernando VII los nombra ministros —marzo de 1808—; de su actuación en la Junta presidida por el infante don Antonio; de los sucesos acaecidos desde la partida del infante hasta la llegada de las renuncias de Bayona; del cambio dinástico y del gobierno de José I hasta la restitución de Fernando en 1814 (4).

Además de puntualizar numerosos sucesos: muerte de los capitanes generales en 1808, entre los que se hallaba el general Solano, jefe de San Martín en Cádiz; juicios acerca de la guerra de la Independencia, con especial mención de Bailén, donde actuó San Martín; las *Memorias* hacen referencia a los hechos revolucionarios de América como consecuencia de la dispersión del gobierno central y la controvertida legitimidad del que le sucedió. Esta crisis fue aprovechada por elementos separatistas para lograr la independencia de América. Esta es la evaluación que hacen los autores de las *Memorias* (5).

---

(4) *Memorias de tiempos de Fernando VII*, Edición y estudio preliminar de Miguel Artola, BAE, Madrid, 1957, p. 280.

(5) *Ibidem*, pp. 295, 308 y 333.

Azanza y O'Farril habían sido dos importantes militares, con una larga trayectoria en el Ejército español, habiendo ejercido también funciones políticas relevantes que les había permitido acceder a una información que nos deja conocer los entretelones de la política de España durante la etapa de la guerra de la Independencia. Estas *Memorias*, narradas desde la óptica de los «afrancesados», proporcionaron también a San Martín detalles minuciosos de los sucesos que él vivió durante su estada en España.

Pero el tema de Francia no termina con estas obras. La campaña de Rusia hecha por Napoleón aparece en dos trabajos que anota San Martín en su cuaderno, y del destierro en la isla de Santa Helena da cuenta un libro en francés que ha debido adquirir en América o que le ha sido obsequiado por alguien que regresó de Europa.

La culminación del proceso revolucionario y el nuevo orden europeo se expresan en los dos tomos referidos al Congreso de Viena, también en francés. Esto demuestra que San Martín, desde América y en plena preparación de su campaña, no abandona su interés por los sucesos de Francia.

Advertimos además que la casi totalidad de los libros de su biblioteca están en francés, idioma que, por supuesto, debía leer correctamente y también escribir —en su correspondencia hallamos citas en este idioma—, y creemos que lo hablaba perfectamente: las últimas palabras que dirige a su hija antes de morir son dichas en francés: «C'est l'orage qui mène au port» —el español no parece ser usado en las conversaciones familiares.

Claro que tampoco en España se desconoce el francés, y encontramos muchos ejemplos de ese uso compartido entre el francés y el español. Los intelectuales de la época, los miembros de las sociedades económicas, los militares, los científicos y aun las damas de la clase elevada hacen gala de su francés. Es tal el abuso de voces extranjeras, que Cadalso, en una de sus *Cartas*, refiere con ironía el grado de descomposición que está sufriendo el español a causa de palabras y giros afrancesados (6).

San Martín ha aprendido la lengua francesa en España, aunque su paso por el Seminario de Nobles no ha podido ser confirmado, ya que no existe ningún documento que atestigüe que estuvo en sus aulas (7). Podemos conjeturar que fue autodidacta o que concurrió a

---

(6) Cadalso, José: *Cartas marruecas*, Ed. Ebro, Zaragoza, 1978, Carta XXXV, pp. 81-86.

(7) Archivo Histórico Nacional, Madrid, Sección Universidades, Seminario de Nobles. Revisamos los leg. «Genealogías» 1770-1785 y 1786-1799; los leg. 673. 674 (1-2-3), 691 (varios); «Visitas» 1770-1792; leg. 689 (2-3), y el libro de ingresos y egresos 1770-1789 1314 F, y el resultado ha sido negativo.

alguna de las academias de idioma que abundaban en Cádiz (8) en la época que fue ayudante de campo del general Solano. Alcalá Galiano afirma que allí el francés era hablado con fluidez y corrección por muchos de sus conciudadanos (9), y así es que San Martín ha debido ejercitar, sin mayores impedimentos, la lengua francesa.

Como profesional de la guerra, Francia también le interesa. Su estructura militar, sus tácticas, sus adelantos técnicos, la preparación de los distintos cuerpos de su ejército son aspectos que la biblioteca sanmartiniana recoge en un buen número de libros. Además ha tenido experiencias directas, como militar, que le han permitido conocer de cerca la organización castrense francesa, especialmente en la campaña de los Pirineos y durante la invasión napoleónica a la Península. Otra fuente de información se la ha debido proporcionar su jefe, el general Solano, quien había realizado un viaje de instrucción a Francia en 1795 y había regresado a fines de 1796, después de participar al lado del general Moreau en la campaña del Rhin (10).

Pero, como hemos visto, el interés por Francia no se agota en el tema militar; San Martín prefiere la historia de los sucesos que ha conocido o protagonizado. La cantidad de libros que hablan sobre el proceso revolucionario francés señalan la preferencia de San Martín por este tema.

El proceso y ejecución a Luis XVI significó el fin de una era y el comienzo de otra. Dios dejará de proveer de sentido a la historia humana y los reyes ya no sancionarán más leyes ni harán justicia en su nombre a partir del regicidio. Los hombres de la nueva era construyen la historia, fundan la moral, la política y crean una nueva religión. Cuando los sucesos contemporáneos son de tal magnitud que crean formas nuevas de organización política y social, al tiempo que destruyen los principios que regían al orden anterior, todo se presenta confuso y caótico.

Algunos hombres se resisten al cambio violento y piden reformas paulatinas; otros se atrincheran en el pasado y levantan banderas que agonizan; los más decididos se lanzan a apoyar la revolución, mientras que los prudentes reflexionan y meditan sobre esos hechos, evitando ser arrollados por los acontecimientos.

San Martín parece pertenecer a esta última categoría. El también planteará —como la Revolución francesa— la lucha entre la libertad y el despotismo, el restablecimiento de un orden justo y la independencia de los pueblos, pero el intento de restaurar un nuevo absolu-

(8) Solís, Ramón: *El Cádiz de las Cortes*, Ed. Alianza, Madrid, 1969, p. 389.
(9) Alcalá Galiano, V., cit. por Ramón Solís, *ob. cit.*, p. 389.
(10) AHNM, «Estado», leg. 3.937 (2).

tismo, que elabora Napoleón, y su desprecio por la soberanía de los pueblos, ubicará a San Martín entre los que luchan por la independencia. Así lo hizo en España y lo repitió en América.

Ese interés que manifiesta San Martín a través del análisis de su biblioteca, por las experiencias parciales del pueblo de Francia, por sus situaciones singulares, es también la expresión de una nueva actitud que intenta conocer un proceso vivo, cambiante, en el cual se gesta y desarrolla una nación. Otros ejemplos que más adelante analizaremos irán descubriendo algunos rasgos que corresponden a ese espíritu nuevo.

El segundo aspecto que nos importa destacar ahora es la visión que San Martín tiene de América a través de los libros que configuran su historia.

Dos obras clásicas para conocer la etapa del descubrimiento y conquista de América están en la biblioteca sanmartiniana. Nos referimos a *Monarquía Indiana,* de Juan de Torquemada (1615), y las *Décadas de Indias,* de Antonio Herrera y Tordesillas. El título completo de esta obra es: *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas i Tierra Firme del mar Océano en cuatro décadas, desde 1492 a 1531*, cuatro volúmenes, Madrid, 1725-1730.

Para interiorizarse de la geografía, costumbres e instituciones americanas, San Martín utiliza los relatos de los viajeros. De 19 títulos que posee su biblioteca, 11 se refieren a América.

Sobre América del Norte registramos un *Viaje al Canadá* y otro *Viaje por las partes sud de América Septentrional;* para los extremos del continente, el *Voyage autour du monde,* de Louis Bougainville, publicado en París en 1771. Tres años duró su expedición —desde 1766 al 69— y recorrió, entre otros lugares, Canadá y las islas Malvinas.

Las zonas de América Central y, particularmente, las de América Meridional, atrajeron la atención de científicos y aventureros que informaron durante el siglo XVIII a los europeos acerca de las características del nuevo continente. La mayoría de los viajeros son ingleses o españoles y en menor cantidad franceses; sin embargo, los relatos están traducidos al francés en la mayoría de los casos y así aparecen en la biblioteca de San Martín.

El *Voyage à la mer du Sud,* por ejemplo, pertenece al inglés John Narborough, que lo publicó en 1694. La traducción francesa es de François Coreal (1722), quien también traduce del español —sin citar el autor— los *Viajes a las Indias Occidentales.* En 1772 aparecen en

Amsterdam las dos obras mencionadas y se agrega una relación de Walter Raleigh sobre la Guayana, todas en francés (11).

También el *Voyage fait au Pérou* es la traducción hecha por el abate Courte de la Blanchardière de la obra española de Alonso Carrillo Lazo. Se publicó en París en 1751 en dos tomos (12). Al año siguiente apareció, en traducción francesa, el relato de la expedición de Jorge Juan y Antonio Ulloa con el título de *Voyage historique de l'Amérique méridionale,* cuyo original español es de 1748.

El único viajero francés que recorre América del Sur y que existe en la biblioteca sanmartiniana es Leblond, quien en 1813 publicó sus *Voyages aux Antilles et à l'Amérique méridionale.* Traía interesantes noticias sobre la situación social en la América española y afirmaba haber asistido a la rebelión de Tupac Amaru (13).

En castellano advertimos dos obras: *Viajes al Magallanes,* de Pedro Sarmiento de Gamboa, cuyo título completo es: *Viaje al Estrecho de Magallanes en los años de 1579 y 1580,* aparecido en Madrid en 1768, y el *Viaje del comandante Byron alrededor del mundo,* traducido del inglés por Casimiro Ortega en 1769. Esta obra se refería también a la exploración del mar del Sud, islas de los Pingüinos, costas de la Patagonia y estrecho de Magallanes.

Abundante información sobre América obtiene San Martín a través de todos estos relatos, que, sumada a la que le proporciona el *Diccionario* de Antonio Alcedo, en cinco tomos, sobre los reinos del Perú, Nueva España, Tierra Firme, Chile y el Nuevo Reino de Granada, le permiten una visión muy amplia de las potencialidades físicas y humanas del continente.

Existen también documentos relativos a Caracas, en francés, y una *Historia de las naciones del río Orinoco,* dos tomos, en castellano (podría referirse a la obra de Gumilla o de otro jesuita expulso que al defender la acción de la Compañía en América, resaltaban las virtudes del continente americano), y el *Ensayo histórico,* del deán Funes, sobre la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay.

Noticias de los sucesos contemporáneos americanos se las suministran las publicaciones de la época: *Gacetas* de Buenos Aires, desde diciembre de 1810 hasta octubre de 1811; *Gacetas* «góticas», pertenecientes a Chile (un tomo), y el *Mercurio Peruano,* 12 tomos.

La sección de América de la biblioteca del Libertador no tiene ninguno de los libros que con gran profusión circulaban a fines del si-

---

(11) Duchet, Michele: *Antropología e historia en el siglo de las luces,* Siglo XXI, México, 1975, p. 421.

(12) *Ibidem,* p. 439.

(13) Zavala, Silvio: *América en el espíritu francés del siglo XVIII,* cit. por Juan Sarraith: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII,* FCE, México, 1957, p. 512, nota 26.

glo XVIII, dedicados a atacar al continente americano tanto en sus aspectos físicos como sociales y políticos.

Las obras del conde de Buffon minimizando la flora y fauna americana, la del abate Raynal *(Historia filosófica y política de las instituciones y del comercio de los europeos en las Indias)* criticando la situación social de América y su sistema comercial, las de De Pauw sobre la raza del hombre americano, y la *Historia de América*, de Robertson, con críticas a la acción de España en América, eran leídas con avidez por los europeos, dispuestos a acrecentar su conocimiento sobre los pueblos «primitivos» que los relatos de los viajeros habían divulgado (14).

España no escapa a esta actitud: Buffon es reverenciado por los miembros de las Sociedades Económicas y Jovellanos lo lee con frecuencia (15); Raynal es elogiado, mencionado en informes, leído por Meléndez Valdés y traducido por el duque de Almodóvar en 1784 (16). Del interés que despertó la obra del abate en toda Europa hablan las sucesivas ediciones que aparecieron a partir de 1770 en Francia.

A pesar de que la polémica sobre el Nuevo Mundo absorbió gran parte de la producción literaria de fines del siglo XVIII, estos autores están ausentes en la biblioteca de San Martín. Lo que encontramos en su librería es la obra de Humboldt *Ensayo práctico sobre el reino de Nueva España*, publicada en París en 1811. Este trabajo es la refutación de los escritos de Raynal, Robertson y De Pauw, que atacaban a América. «Estos autores —dice Humboldt— consideran bárbaro todo estado del hombre que se aleje del tipo de cultura que ellos se han elaborado de acuerdo con sus ideas sistemáticas. Nosotros no podemos admitir esas tajantes distinciones entre naciones bárbaras y naciones civilizadas» (17).

Este principio enunciado por Humboldt señala las características de la nueva historiografía que está surgiendo. Historiografía que trata de captar lo peculiar, lo vivo, lo creador en la historia de los pueblos.

La presencia de esta obra en la biblioteca del Libertador revela una vez más esa nueva inquietud que coincide más con el espíritu romántico que con la tradición iluminista.

Los temas históricos que interesan a San Martín, a partir del análisis de su biblioteca, pueden resumirse en dos: la historia de Francia revolucionaria y la historia de América; ese examen nos reveló tam-

---

(14) Gerbi, Antonello: *La disputa del Nuevo Mundo*, FCE, México, 1960. Estudia con detalle los términos de esta polémica a través del análisis de numerosos documentos de la época.

(15) Jovellanos, G. M. de, *ob. cit.*, p. 191.

(16) Sarrailh, Jean, *ob. cit.*, pp. 303, 117 y 556.

(17) Humboldt: *Ensayo práctico sobre el reino de Nueva España*, cit. por Gerbi, *ob. cit.*, página 382.

bién una nueva actitud que tibiamente se abre paso y quiebra, por momentos, esa concepción dieciochesca.

Veamos ahora el segundo tema que se recorta en importancia en su librería: la literatura. San Martín tiene un autor preferido: Voltaire. Novelas, teatro, cuentos, poemas, ensayos; en una palabra, toda la producción literaria de este autor se encuentra allí. También aparecen autores femeninos, que pasaremos a considerar en seguida.

La presencia de la mujer en la vida social, su participación en tertulias y salones literarios, como así también en las reuniones de las sociedades económicas y artísticas, es algo característico de los ambientes ilustrados del siglo XVIII. Pero fue en el campo de la literatura donde se manifestó más claramente la nueva situación de la mujer, y en Francia en especial, una abundante producción se debió a las mujeres de una clase social elevada, ligadas a las nuevas ideas.

En la biblioteca de San Martín encontramos las «obras de madame de Lafayette», cinco tomos, autora que vivió de 1634 a 1692. Entre sus obras figuran *Zayde, historia española* (1670); *La princesa de Clèves* (1678) y unas *Memorias de la corte de Francia entre los años 1688 a 1689*. La primera edición de sus obras fue impresa en Amsterdam en 1721.

Las obras de la marquesa de Tencin (1681-1749) es el segundo grupo de trabajos que tiene la biblioteca. Su autora era la madre del filósofo D'Alembert, reunía en sus salones a muchos intelectuales de la época. Fontenelle, Marmontel y Montesquieu figuraban entre ellos. Sus cuatro obras (*Memorias del conde de Comminges* —1735—, *Le siège de Calais* —1739—, *Les malheurs de l'amour* —1747—, *Anecdotes de la cour et du règne d'Edouard II* —1776—) se publicaron reunidas en 1786, 1804, 1812, 1820 y 1825.

Las ediciones a partir de 1804 demuestran el interés despertado por su producción, que pudo haber sido acrecentado por la obra de Barthelemy *Memorias secretas de madame de Tencin*, aparecida en 1790.

La tercera colección de obras pertenece a la marquesa de Lambert (1647-1733), dos tomos, en francés. *Reflexiones sobre las mujeres; Sobre el amor, sobre la vejez; Aviso de una madre a su hija; Tratado de la amistad*, son algunos de los títulos que se conocen de esta autora. Las ediciones de sus obras completas aparecieron en 1748, 1750 y 1808.

En el cajón dos, siguiendo la anotación de San Martín, está *De la literatura*, dos tomos en 4.°, a la rústica, en francés. El título completo de esta obra es *De la littérature considerée dans ses rapports avec les institutions sociales*. Su autora es la hija del banquero Necker,

nacida en 1766 y casada con el barón de Staël. Esta obra es de 1800 y se la considera el punto de partida del romanticismo francés por su exaltación de la sensibilidad y por la revalorización de lo espiritual.

La baronesa de Staël reunía en su salón de París a personalidades literarias, políticas y militares. Los generales Moreau y Bernadotte asistían a menudo a sus sesiones. Como a través de su obra literaria y también de sus actitudes, la baronesa no perdía ocasión de criticar y atacar al jefe del gobierno —Napoleón—, éste ordenó el cierre del salón en 1802 y la expulsó de Francia.

Cuando en 1810 aparece *De la Alemania* —obra que también está en la biblioteca de San Martín—, protestando contra el materialismo vigente en el imperio, por la exaltación que se hace de la gloria militar en detrimento de las ideas, el emperador ordenó la confiscación de la primera edición, que ya circulaba por Francia. Recién en 1813 se reimprimió en Londres.

La historia de otro enemigo de Napoleón, el marqués de La Rochejaquelein, fue escrita en forma de *Memorias* por su esposa. La biblioteca de San Martín posee un tomo, en francés, posiblemente editado en Burdeos en 1815. Emigrado en 1789, el marqués sirvió desde las filas del ejército inglés a la coalición europea contra la Francia revolucionaria, regresando en 1801 a su patria. A partir de esta fecha fue el alma de todos los *complots* y conspiraciones realistas. A la caída de Napoleón fue designado mariscal de campo por Luis XVIII.

Con estas *Memorias* se cierra el ciclo de autores femeninos en la biblioteca sanmartiniana. Algunas referidas exclusivamente a la condición de la mujer, como las de la marquesa de Lambert; otras uniendo la novela histórica con obras de corte psicologista, éste es el caso de la marquesa de Lafayette y de la marquesa de Tencin, y, por último, una literatura más comprometida con el medio social y político, que se transforma en vehículo de la reacción a las formas vigentes en el imperio, se advierte en las obras últimamente analizadas.

También tiene en su biblioteca la *Ilíada*, de Homero, en tres tomos, traducida al castellano, y la *Jerusalén liberada*, de Tasso, en francés, que también era una de las lecturas preferidas de Jovellanos (18). Las *Cartas de Abelardo a Eloísa* y las *Lettres de Ciceron* completan la sección de escritores clásicos.

Sin embargo, existen otras obras inspiradas en el mundo antiguo y que se encuentran en la mayoría de las bibliotecas de la época. Nos referimos a las *Aventuras de Telémaco*, de Fénélon, y los *Voyages*

(18) Jovellanos, *ob. cit.*, p. 203.

du jeune Anarchisis en Grèce, de Juan Jacobo Barthélemy. La primera se publicó en 1699 y la segunda apareció en 1784.

Estas obras, a la par que informaban al lector sobre las características del mundo griego, planteaban veladas críticas al sistema político y social de su época.

En el caso de Fénélon, su obra ataca al absolutismo de Luis XIV, por lo cual se la prohibió hasta el año 1717 y le costó a su autor el destierro a Cambray. En cuanto al segundo, la revolución de 1789 lo acusó de realista y lo encarceló.

Las *Aventuras de Telémaco,* en francés, está también en los anaqueles de la librería de la Sociedad Económica Vascongada a partir de 1774 y en bibliotecas particulares de España (19); con respecto a los *Voyages,* San Martín debe de poseer la segunda edición, aparecida en 1799 en siete tomos.

Los caractéres, de La Bruyère; el *Emilio,* de Rousseau; *Le compère Mathieu (ou les bigarres de l'esprit humain),* de Dulaurens, poesías y cuentos, y la obra de Juan Pablo Marana, escritor genovés exiliado en París, *L'espion dans les cors des princes chrétiens* (1684), cierran el ciclo de autores y obras en francés.

De la literatura española advertimos tres autores: Calderón de la Barca con sus *Comedias,* las obras de Quevedo y José de Villaviciosa con *La Mosquea* (1615).

El examen que hemos realizado de la producción literaria que posee la biblioteca de San Martín nos revela, en primer lugar, un aspecto desconocido de su personalidad: su afición a la literatura; en segundo lugar, su inclinación por la literatura francesa, destacándose particularmente las obras de Voltaire; en tercer lugar nos llama la atención la incorporación de la producción literaria femenina en la biblioteca de un profesional de la guerra, como era San Martín. Una visión de la problemática de la mujer y de su particular enfoque de los problemas políticos y sociales adquiere San Martín a partir de estas lecturas. Cabe destacar, todavía, la presencia de las dos obras de madame de Staël como el reflejo de una reacción que comienza a percibirse contra la concepción materialista y racionalista que planteaba la Ilustración.

Pasemos ahora al análisis de los diccionarios y enciclopedias que tiene la librería de San Martín.

Los diccionarios se refieren a diversos temas: agricultura, arquitectura —civil e hidráulica—, música, arte de la guerra, lenguas, historia. De estos últimos destacamos el *Diccionario histórico,* de Luis Moreri, «una mezcla curiosa de historia sagrada y profana», aparecido

(19) Sarrailh, Jean, *ob. cit.,* pp. 241-276.

en Lyon en 1674. Contó con numerosas ediciones y se tradujo al español en 1753. Era una de las lecturas preferidas del padre Feijoo y se incorpora a la biblioteca de la Sociedad Económica Vascongada en 1773. Otro diccionario interesante es el *Diccionario de América*, de Alcedo, que fue publicado en Madrid en 1786 con noticias valiosas sobre el estado político y social de las distintas regiones de América española, como hicimos mención en otro lugar.

La obra de mayor resonancia en el siglo XVIII, la *Enciclopedia* o *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*, está presente en la biblioteca de San Martín. Tomos referentes a artes militares, arquitectura, manufacturas, bellas artes y los que contienen numerosas láminas se encuentran allí.

Nacida bajo la inspiración de D'Alembert y Diderot, tuvo, entre otros colaboradores, a Holbach, Helvecio, Lamettrie, Voltaire y, en ocasiones, a Rousseau. Su primer tomo fue publicado en 1751, y ya en 1759 fue prohibida su introducción a España.

Diez años más tarde, la Junta de Comercio de Barcelona adquiere 17 volúmenes a través de un librero establecido en Perpignan. Al año siguiente, 1770, el conde de Peñaflorida solicita autorización al Santo Oficio para utilizarla y su pedido es concedido. Más adelante el conde obtiene una nueva licencia, esta vez para los miembros de la Sociedad Económica Vascongada, que dictan clases en la Escuela Patriótica de Vergara.

Campomanes también recomienda a los socios de la Matritense la lectura de esta obra para componer manuales técnicos de los diversos oficios, evitando lo perjudicial y siempre bajo la correspondiente licencia. Otorgada la autorización, aparece la *Enciclopedia* en la biblioteca de esta Sociedad.

Si bien no todas las sociedades económicas de la época poseen ejemplares de esta obra, eso no significa que sus socios la desconocieran. En las Actas y en discursos, en informes y memoriales existe siempre una alusión, frecuentemente elogiosa, de sus artículos y de sus autores (20).

Pero el Tribunal de la Inquisición no ha dejado de perseguirla, y cuando la alianza con el gobierno se hace más fuerte a partir de 1789, recrudecen las medidas contra los libros extranjeros, especialmente aquellos que atentan contra la fe, la moral y la monarquía. Así la *Enciclopedia* y su hermana menor, la *Enciclopedia metódica*, aparecen formando parte de largas listas de libros prohibidos (21).

---

(20) *Ibidem*, p. 274.
(21) *Ibidem*, p. 296.

San Martín posee un tomo denominado *Manufacturas* de la *nueva Enciclopedia*, que había preparado el editor Panckouke en 1781, omitiendo el orden alfabético que tenía la anterior y prefiriendo el ordenamiento por materias.

En 1789 se coloca esta obra en el Index, desautorizando al mismo tiempo la traducción que preparaba el librero Sancha, a pesar de la intervención de Floridablanca a favor de este proyecto. Recién en 1806 se publicó en Madrid una traducción española en 10 tomos (22).

Los libros extranjeros, a pesar de la celosa vigilancia del Tribunal de la Inquisición, logran deslizarse hacia los anaqueles de las bibliotecas públicas, de las sociedades económicas, de los conventos y también a las de algunos particulares.

Pero a partir de la alianza entre España y Francia en 1796, las restricciones se suavizan, y Cádiz en particular, con una colonia francesa muy numerosa, con el puerto que permite una fácil penetración, recibe abundante bibliografía extranjera que se reparte entre las veinte librerías que existen en la ciudad (23). San Martín, inquieto lector, difícilmente pudo haber escapado a la tentación de adquirir las novedades que exhibían los escaparates de los comercios gaditanos.

Detectamos también el interés despertado en San Martín por libros referidos a artes y oficios prácticos, como así también a los estudios sobre el mundo físico y natural a partir de la compulsa que efectuamos de su biblioteca.

Es sabido que el movimiento ilustrado del siglo XVIII concibe la razón como el instrumento apto para promover la transformación del mundo económico, político y social. A diferencia de la concepción cartesiana que aplica la razón al descubrimiento de las verdades de la metafísica, la razón ilustrada pretende, a través de la observación y de la experimentación, alcanzar un conocimiento útil que permita a los hombres mayor bienestar y felicidad.

En el sector de las reformas concernientes a la elevación del nivel de vida espiritual y material de los españoles, la creación de las Sociedades Económicas Amigos del País permitió la aparición de un estado de opinión propicio para el fomento de la instrucción y la economía. De tal manera, que una ola de inquietud reformadora se expandió por todas las capas sociales; los testimonios proporcionados por Jovellanos en su *Diario* (24) y por el viajero francés Laborde (25)

---

(22) Sarrailh, Jean, *ob. cit.*, pp. 305-304.
(23) Solís Ramón, *ob. cit.*, p. 133.
(24) Jovellanos, G. M. de: *Ob. cit.*
(25) Laborde, Alexandre de: *Itinéraire descriptif de l'Espagne...*, París, 1834, t. III, páginas 244-245.

muestran claramente esa nueva actitud. La biblioteca sanmartiniana es también un reflejo de ello.

Durante el siglo XVIII la naturaleza es objeto de atención por parte de químicos, físicos, economistas, botánicos y biólogos. Para los aficionados a la historia natural, *El espectáculo de la Naturaleza*, del abate Pluche, que ya el padre Feijoo había calificado de «excelente obra», era un libro de consulta permanente. Existía desde 1753 una traducción al castellano realizada por el jesuita Terreros, lo que facilitó en mucho su difusión. Otras ediciones aparecieron en 1758, 1771-73 y en 1785 (26). Figuraba en las bibliotecas de las Sociedades Económicas, en la de muchos particulares y, por supuesto, en la de San Martín.

Los estudios de química y mineralogía también se impulsaban desde las Sociedades Económicas, promoviendo la investigación y la creación de laboratorios e invitando a científicos extranjeros a dictar cursos para la difusión de estas ciencias.

Tratados sobre electricidad, química, artículos sobre física experimental, sobre mineralogía, ocupaban las bibliotecas de las Sociedades. En la de San Martín encontramos un *Journal des observations physiques*, dos tomos; *Tablas mineralógicas*, un tomo, en castellano; *Elementos* de química, de mineralogía y de la historia natural, las tres obras en castellano.

Un libro clave para la comprensión de la economía política era el libro del marqués de Mirabeau, *L'ami des hommes ou traité de la population*, aparecidas las tres primeras partes en 1756. La lectura de este trabajo es la que recomienda muy especialmente Jovellanos a los socios de la Sociedad Económica de Asturias, ya que en ese libro «las doctrinas económicas se encuentran abundantemente explicadas» (27).

Considerando que la población es la fuente de toda riqueza, el origen de su subsistencia se encuentra en la agricultura. Para que ésta dé un rendimiento óptimo, Mirabeau propone una serie de reformas que van desde la tolerancia religiosa hasta la libertad de comercio —tanto interior como exterior—; una distribución más justa de la riqueza y una disminución y equitativa distribución de los impuestos, propiciando al mismo tiempo la creación de dos ministerios: el de agricultura y el de los impuestos.

Junto con esta obra —pilar de la doctrina fisiocrática— hallamos en la biblioteca de San Martín un conjunto de trabajos del mismo autor, reunidos en cinco tomos que posiblemente aludan a la *Teoría*

---

(26) Sarraiih, J., *ob. cit.*, pp. 456 a 458.
(27) Jovellanos, G. M. de: *Obras...*, BAE, Madrid, 1924, t. L, p. 440.

del Impuesto, de 1763; *La filosofía rural* y *Cartas sobre el comercio de granos*, ambas de 1768.

Buscando en la historia de España el origen de esa preocupación por la agricultura, Jovellanos, en su *Informe sobre la Ley Agraria*, destaca que en el Siglo de Oro, donde hubo hombres dedicados al estudio de la física y de la matemática, sin que hubiesen aplicado sus principios a objetos útiles y de provecho, «el célebre Alfonso de Herrera había comunicado a sus compatriotas cuanto supieron los geopónicos griegos y latinos y los físicos de la Edad Media y de la suya en el arte de cultivar la tierra» (28).

La importancia que Jovellanos asigna a la agricultura como la primera fuente de prosperidad de España, lo que asegura Campomanes acerca de su provecho (29), la confianza depositada en ella como «una mina inagotable de las más seguras riquezas» por Capmany (30), no hacen más que reforzar la tesis de Ward aparecida en su Proyecto Económico de 1762 (31).

Es evidente que la fisiocracia tiene valiosos defensores en España; los ecos de la preocupación de esta escuela se advierte en las lecturas de San Martín.

Además de las obras de Mirabeau, antes mencionadas, encontramos el *Tratado de Agricultura* de Herrera; el *Curso completo de agricultura*, 12 tomos, y el *Diccionario de agricultura*, 16 tomos, las dos obras de Rozier, que indican el interés experimentado por San Martín por esta doctrina. No faltan, a modo de complemento, tratados sobre la crianza de las ovejas, el cultivo de las plantas y de los viñedos, entre otros.

Aunque las Sociedades Económicas estiman que la verdadera riqueza proviene de la tierra y hacen de la agricultura el objeto principal de sus preocupaciones, no ignoran la importancia del comercio y de la industria. Así, la Sociedad Vascongada se ocupa de la metalurgia, y la de Valencia se apasiona por la industria de la seda, pero en todas se promueve la fabricación de aparatos técnicos para las distintas industrias, se investiga sobre la fabricación de hilados y se organizan cursos de perfeccionamiento de los artesanos (32).

Las bibliotecas de estas Sociedades también incorporan libros y folletos relativos a estas cuestiones, y las de los particulares siguen su ejemplo. San Martín tiene *Relojería*, de Ríos; *Colección general de*

---

(28) *Ibidem*, p. 123.

(29) Campomanes, conde de: *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*. Sancha, 1777, t. I, p. 357.

(30) Capmany, Antonio de: *Discurso sobre la agricultura, comercio e industria...*, cit. por Sarrailh, *ob. cit.*, p. 546.

(31) Ward, Bernardo: *Proyecto económico...*, cit. por Sarrailh, *ob. cit.*, p. 546.

(32) Sarrailh, Jean, *ob. cit.*, p. 264.

máquinas, de Suárez, y *Máquinas de molinos*, en castellano y francés, *Secretos de artes y oficios* y los tomos correspondientes de la *Enciclopedia* sobre estos temas.

Con respecto al comercio, el interés es mucho menor tanto en las Sociedades como en la biblioteca sanmartiniana. Aquí solamente registramos tres títulos: *De la riqueza comercial*, *Comercio de América* y el *Reglamento para el comercio libre de España a Indias*, dado por Carlos III en 1778.

Analizado este último aspecto sólo estaríamos en condiciones de ingresar en el examen de los libros que responden a temas estrictamente militares, en la biblioteca del Libertador. El interés por los temas históricos, literarios, por los artículos de la *Enciclopedia* y por los asuntos que preocupan a los integrantes de las Sociedades Económicas prevalece sobre los temas que obviamente deberían atraer la atención de un profesional de la guerra.

El examen efectuado de su biblioteca, a partir de un reordenamiento por áreas temáticas, nos ha permitido descubrir aspectos desconocidos de la personalidad del Libertador: su pasión por la historia y su afición por la literatura.

Advertimos que la historia de Francia y la de América eran rescatadas en sus aspectos singulares a través de innumerables memorias y relatos, de obras que apuntaban a determinados momentos del proceso, con el propósito de captar lo peculiar, lo cambiante, lo vivo de la historia de los pueblos. Señalamos también su interés por la historia contemporánea como expresión de un presente dinámico y rico donde el pasado se recrea bajo formas renovadoras. Esta manera de acercarse a la historia es ya una actitud vital que lo aleja de la consideración generalizadora y abstracta del iluminismo.

Por otra parte, su inclinación a la literatura, ámbito de la sensibilidad y la imaginación, nos señaló otro rasgo interesante en San Martín, revelador de una personalidad proclive a penetrar en el mundo fantástico de las creaciones literarias, donde la libertad se pasea sin límites ni obstáculos.

Lo hemos visto, también, como hombre de su siglo, adherir a los postulados básicos de la Ilustración francesa, expresada en su biblioteca por la presencia de la *Enciclopedia* y de otras obras significativas de esta corriente de pensamiento, y responder a las nuevas inquietudes que plantean los reformadores españoles, a través de las Sociedades Económicas.

De estos dos aspectos hablan claramente los libros que hemos ido detectando en el análisis; la presencia de obras producidas por el movimiento nuevo es insignificante en su biblioteca —las dos obras

de madame Staël y la de Humboldt—, pero ellas son las señales del cambio que se opera en el mundo y que empieza a modificar la herencia que el enciclopedismo francés y la Ilustración española dejaron en el espíritu de San Martín.

Su biblioteca muestra el peso de la tradición iluminista, pero esconde en sus anaqueles los gérmenes de una reacción a la que vitalmente San Martín ya ha empezado a adherir.

BEATRIZ MARTINEZ

Tutor, 38, apartado 305.
MADRID-8